RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Girbal-Blacha, Noemí

Las ciencias sociales : ¿por qué y para qué?

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Girbal-Blacha, N. (2003). Las ciencias sociales: ¿por qué y para qué? Revista de Ciencias Sociales 14, 7-29. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1175

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Las ciencias sociales: ¿por qué y para qué?

Noemí Girbal-Blacha*

Social Sciences: why and what for?

From single individuals to social actors, from society to social networks, from macro to micro analyses, Social Sciences have renewed themselves in the last fifteen years. They have quickly mutated their objects and ways of research, in a context of crisis, but also of interdisciplinary work, of changes in the scale of observation. The disappearance of great paradigms modifies the science conception in itself. (J. Le Goff) These sciences must, as in other times or, perhaps, more acutely than in other circumstances, achieve an important aim. They have to carry on a precise diagnosis of inequity and actual crisis, to contribute to a pluralist and interdisciplinary debate in order to solve definitely the most grave effects of this extended crisis which not only has economic aspects but social, institutional, cultural and political sides. Social Sciences must tackle the task without the aid of references, that seem to be non-existent. In order to recover collective memory the challenge lays in reviewing, from today, the roads trodden in the past, inside and outside national limits, trying to contribute to a national reconstruction.

1. Pensar en voz alta

La crisis profunda y sin precedentes en que está inmersa la República Argentina supera las nefastas consecuencias de su extraordinaria e ineficiente deuda externa; afecta los fundamentos esenciales de la nación, de sus instituciones y de la identidad nacional. Desconcierto y añoranza de un pasado mejor alimentan el divorcio entre una dirigencia política ajena a los problemas nacionales y la gran mayoría de la sociedad argentina, más de un 50 % de la cual está sumida en los efectos que acompañan a la pobreza, la marginalidad y la ausencia de un futuro certero. Reconstruir la memoria colectiva, posiblemente adormecida por los autoritarismos del pasado y la angustia del presente, derivada de la falta de normas de referencia y de la aplicación efectiva de la justicia, se presenta como una necesidad impostergable.

La ausencia de propuestas y de proyectos capaces de recomponer las relaciones sociales en el interior del Estado, de construir una hegemonía representativa –hoy ausente– que asegure la gobernabilidad con demo-

* CONICET/ Universidad Nacional de Quilmes.

cracia e indique un camino de salida, aunque sea azaroso y sacrificado, obligan a una reflexión crítica para contribuir a la solución de los problemas nacionales, desde el conocimiento multidisciplinar de las ciencias sociales y humanas. Son los aportes de estas áreas consideradas –por algunos– las "menos científicas" de las ramas de la ciencia en sentido estricto y positivista, los que, como en otros tiempos, deben y tienen que ser parte de la solución de los problemas estructurales que afronta hoy la República Argentina y sus habitantes.

En abril de 1961, Bernardo Houssay ya destacaba, en su condición de investigador científico y presidente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), no sólo que "la ciencia y las técnicas han transformado completamente la vida humana", sino que "la principal fuerza de una nación moderna está constituida por la calidad y cantidad de investigadores científicos y de técnicos capaces de que dispone [...] Existe un evidente paralelismo –afirmaba– entre el desarrollo científico y el adelanto económico y la fuerza real de las naciones en el momento actual".[1]

La "eficacia particular de las metáforas científicas"[2] depende de los recursos sociales tanto como de los tecnológicos y materiales, porque si bien la realidad no se construye sólo con el lenguaje, sin duda la discusión ayuda a mantener viva la presencia de la ciencia en un mundo globalizado; especialmente, cuando resulta evidente que el lenguaje científico cumple funciones cognitivas pero también políticas. Atendiendo conceptualmente a las palabras de Luis Pasteur, pronunciadas hace ya más de un siglo, el cultivo de las ciencias es "más necesario para el estado moral de una nación que para su prosperidad material", siguiendo su razonamiento, se advierte que ellas "introducen en el cuerpo social entero el espíritu filosófico o científico, ese espíritu de discernimiento que somete todo a un razonamiento severo, condena la ignorancia, destruye los prejuicios y los errores".[3] Parafraseando a Houssay puede sostenerse que "la jerarquía y el poderío de una nación dependen en grado fundamental de su desarrollo científico y técnico en perpetua evolución", porque de ese patrimonio cultural dependen, como él mismo afirmara en 1958, "la salud, el bienestar, la riqueza, el poder y hasta la independencia de las naciones".[4]

A modo de compromiso y reconstrucción de la memoria colectiva conviene, entonces, pasar revista desde el presente al camino recorrido, dentro y fuera de las fronteras del país, como un aporte a la reconstrucción nacional.

[1] Ariel Barrios Medina y Alejandro C. Paladini (comps,), *Escritos y discursos del Dr. Bernardo A. Houssay*, Buenos Aires, Eudeba, 1989, p. 366.

[2] Evelyn Fox Keller, *Lenguaje y vida. Metáforas de la biología en el siglo XX*, Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 11-30.

[3] Ariel Barrios Medina y Alejandro C. Paladini (comps.), *Escritos y...*, cit., pp. 284-285.

[4] *Ibid.*, p. 348.

2. Las ciencias sociales y su compromiso con la sociedad durante la primera mitad del siglo XX

El "progreso indefinido" auspiciado por el positivismo de las dos últimas décadas del siglo XIX sirve de base a una verdadera revolución técnica e industrial que no sólo modifica la producción, también da renovados perfiles a la vida cotidiana. La Exposición Universal reunida en París hacia 1900 –y de la cual participa la República Argentina– es una expresión acabada de esos avances tecnológicos; mientras –en 1905– Albert Einstein elabora su primera teoría de la relatividad y revoluciona la física moderna. En las primeras décadas del siglo XX las grandes naciones se reparten el mundo. Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos tutelan e impulsan un imperialismo que se afirma en el capitalismo liberal de la centuria anterior, pero que se destaca entonces por la concentración del poder económico. Urbanización, relaciones mercantiles, burocracia, clase media, individualismo, son sólo algunos de los elementos transformadores de las relaciones sociales.

Frente a un mundo que se transforma vertiginosa y profundamente, ¿qué responsabilidad asumen entonces las ciencias sociales? Los sociólogos hablan del pasaje de la comunidad a la sociedad, "de la solidaridad mecánica ligada a la moral y a la religión, a la solidaridad orgánica ligada a la posición de los individuos en un grupo social determinado". Émile Durkheim –por su parte– representa el tránsito de la tradición a la racionalización, mientras Sigmund Freud presenta en sociedad el psicoanálisis, apenas iniciado el siglo XX, y hacia 1915 sintetiza su concepción acerca de la "ciencia del inconsciente". Carl Jung (futuro fundador de la Asociación Psicoanalítica Internacional) formula sobre la base de las teorías freudianas su conceptualización sobre "el inconsciente colectivo" estructurado alrededor de arquetipos y Alfred Binet crea –durante el primer lustro del siglo– su test para medir la inteligencia humana. Edmund Husserl –considerado el padre de la fenomenología– avanza, entre 1907 y 1911, en sus ideas directrices acerca de "la intencionalidad" (Franz Brentano) y los fenómenos mentales ligados a las ideas matemáticas.

Desde una perspectiva económica Georg Simmel con su "filosofía del dinero" alude a los vínculos entre economía monetaria y relaciones sociales, Werner Sombart presenta su visión del capitalismo moderno (asociado con el imperialismo, los monopolios y el desarrollo científico) y Vilfredo Pareto inaugura una nueva vertiente de la economía política: la economía del bienestar. Todos ellos dan muestras de su compromiso con los problemas socioeconómicos del momento. Un compromiso que, en la década de 1910, se renueva con Joseph Schumpeter, cuando analiza el desarrollo y los ciclos económicos, con su dinámica propia inducida por la innovación tecnológica. Los intelectuales se suman con sus aportes y la parti-

cipación en los debates, a los asuntos que preocupan a la sociedad del momento.[5]

Henri Berr y la creación –en 1900– de *La Revue de sinthèse historique*, entre muchos otros intelectuales y científicos del momento, dan cuenta del vínculo comprometido de las ciencias sociales y sus disciplinas con la coyuntura a nivel mundial. Así mientras Gabriel Tarde, René Worms y Émile Durkheim se disputan la hegemonía intelectual en el campo de la sociología, el debate entre sociólogos e historiadores se enriquece; especialmente cuando éstos –liderados por Henri Berr, François Simiand, Lucien Febvre y Marc Bloch– anticipan la fundación de la Escuela de los *Annales* (1929) y los enfoques totalizadores en la historia, que para mediados del decenio de 1920 Marcel Mauss ejemplifica a través del "hecho social total". Paul Vidal de la Blache presenta su concepción del espacio en la geografía francesa, que habrá de tener proyección en todo el mundo occidental. Frederick Taylor propone sus teorías sobre la organización científica del trabajo, mientras –en 1905– como máximo representante de la sociología alemana, Max Weber muestra cómo el estilo de vida y la moral protestante permiten una valorización del trabajo y de la acumulación de la gestión.[6]

El pragmatismo –como teoría del conocimiento– avanza con el siglo XX desde los Estados Unidos, encarnado en la figura del filósofo William James; en tanto John Dewey defiende en materia educativa la creación de conocimiento a partir de la experiencia, evaluando el valor y la relatividad del mismo, como lo expone durante 1916 en "Democracia y educación". Más allá de los nombres y las querellas, al decir de Max Weber, la emergencia de las nuevas relaciones sociales es sólo un aspecto de la racionalización de la vida social; y frente a la declinación de lo religioso, el desarrollo de la ciencia, de la técnica, de la administración, de la gestión, de la organización del trabajo, pasan a formar parte de los temas que los sociólogos y filósofos discutirán durante la primera parte del siglo XX.

Los "notables" que componen entonces la dirigencia política argentina no permanecen ajenos a estos debates intelectuales y suelen expresar su adhesión al positivismo de Augusto Comte y de Herbert Spencer. Se aproximan o se distancian de esas discusiones, adhieren o critican a sus máximos exponentes académicos, pero las lecturas de las obras sobresalientes del pensamiento occidental forman parte de la aproximación que la

[5] "1900-2000. Un siècle de sciences humaines", en *Sciences Humaines* 30, numéro exceptionnel, septiembre de 2000, pp. 7-29.

[6] René Remond (dir.), *Pour une histoire politique*, Paris, Seuil, 1988; Paul Veyne, *Comment on écrit l´histoire. Essai d´épistémologie*, París, Seuil, 1971. A. Biard, D. Bourel y E. Brian (dirs.), *Henri Berr et la culture du Xxe. Siècle. Histoire, science et philosophie*, París, Albin Michel, 1997; Lucien Febvre, *Combats pour l´histoire*, París, Armand Colin, 1992; Fernando Devoto, "Itinerario de un problema: 'Annales' y la historiografía argentina (1929. 1965)", en *Anuario IEHS* 10, Tandil, IEHS/ Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1995, pp. 155-175.

Argentina –país de inmigrantes, agroexportador y receptor de capitales externos– mantiene con el mundo europeo, con el que teje fuertes lazos comerciales, financieros, y también culturales. Basta leer la correspondencia, las obras, algunos borradores y proyectos de estos dirigentes (Julio A. Roca, Bartolomé Mitre, Carlos Pellegrini, Bernado de Irigoyen, Joaquín V. González, Juan B. Justo, Roque Sáenz Peña, Alfredo Palacios, Alejandro Bunge, entre otros), para advertir esas influencias y aun el rechazo respecto de algunos de los planteos enunciados.[7]

La Primera Guerra Mundial, sus tensiones y lo que John Keynes llamaría "las consecuencias económicas de la paz",[8] entre las que se destaca la prosperidad americana en ascenso sostenido y las "nuevas fronteras" del inestable mundo europeo, la Revolución Rusa de 1917 y el nuevo poder bolchevique, la afirmación de los movimientos nacionalistas, la activa presencia de las mujeres en el mundo del trabajo, son algunos de los factores que inciden en los cambios que acompañan el desarrollo de las ciencias sociales, en "los años locos", previos al *crac* mundial de 1929. Son tiempos prodigiosos, de "inaudita explosión creadora"; cuando –entre otros destacados intelectuales– James Joyce publica su *Ulises*, Marcel Proust da a la imprenta el tomo 4 de *En busca del tiempo perdido* y el poeta y ensayista Tomás S. Eliot edita *La tierra baldía*.[9] Una de las expresiones más acabadas de la época es la ruptura con la lógica aristotélica, que da nacimiento a la lógica moderna. Al mismo tiempo y con los aportes de la llamada Escuela de Chicago, se evalúa una nueva imagen del hombre contemporáneo: el hombre marginal, híbrido, decadente, inmerso en el ámbito de la ciudad moderna y –en consecuencia– dual, ambivalente. El filósofo y psicólogo alemán Karl Jaspers presenta su tipología de las "concepciones del mundo", que sirven de base para caracterizar las relaciones que el hombre traba con el mundo. Un mundo complejo y contradictorio que asiste al ascenso político de Adolfo Hitler, a la llegada de Benito Mussolini al poder y a la asunción de José Stalin como secretario general del Partido Comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.[10]

Viena es hacia fines de la década de 1920 la capital intelectual del mundo occidental. Es aquí donde aparece (en 1929) un manifiesto titulado "La concepción científica del mundo", surgido de un grupo reducido de intelectuales que se opone al espíritu especulativo propio del pensamiento que imperaba entonces. Libertad, creatividad y autonomía se convierten en los desafíos a consolidar en el campo de la llamada "educación

[7] Natalio R. Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1977.

[8] Elie Cohen, "Le keynésianisme, avec et sans Keynes", en Pascal Ory (dir.), *Nouvelle histoire des idées politiques*, París, Pluriel, 1993, pp. 598-611.

[9] *Clarín*, sección Cultura y Nación, Buenos Aires, 26 de octubre de 2002, pp. 1-3.

[10] Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX (1914-1991)*, Barcelona, Crítica-Grijalbo Mondadori, 1995, caps. 2 y 5.

nueva"; un espíritu renovado que, en parte, expresa simbólicamente Jean Piaget a través de sus obras editadas apenas iniciado ese decenio. Confluyen en el campo de las ciencias sociales las nuevas perspectivas y las miradas pesimistas. Oswald Spengler recoge su propia visión –con un espíritu decididamente pesimista que se refleja en el relativismo cultural que él expresa– a través de una morfología de la historia universal; lo hace al mostrar "la declinación de Occidente", que mucho tiene que ver con el sentimiento de desarraigo de la *intelligentzia* alemana, aquella que le permite distinguir la pujanza joven de "la cultura", de la declinación, encarnada en "la civilización". Al mismo tiempo, la versión inglesa, encarnada en el historiador Arnold Toynbee, se expresa en una obra monumental de historia universal, que reproduce la metáfora biológica de la vida y de la muerte aplicada a las civilizaciones. No son éstas las únicas expresiones de los tiempos que se viven. La crítica al mundo moderno –producto del espíritu de la crisis mundial– está presente también en la filosofía de estos tiempos, especialmente en las concepciones del discípulo de Edmund Husserl, el filósofo alemán Martín Heidegger, que se expresa a través de sus escritos, plagados de neologismos acerca del hombre inmerso en la temporalidad.[11]

El pensamiento europeo, así como los cambios políticos y socioeconómicos ocurridos, dejan huella una vez más en los dirigentes argentinos. Desplazados del gobierno nacional desde 1916, los sectores "liberales en lo económico pero conservadores en lo político" –poco dispuestos a conformar un partido político representativo que los contenga y los represente– expresan sus propuestas a través de instituciones corporativas que procuran reforzar la identidad nacional "con un espíritu racionalmente nacionalista". El Museo Social Argentino (1911), la Confederación Argentina del Comercio, la Industria y la Producción (CACIP, 1916), la Asociación Nacional del Trabajo (1918) y la Liga Patriótica Argentina (1919) son sólo algunas expresiones, disímiles pero convergentes, de la preocupación de gran parte de la dirigencia nacional frente al "peligro del maximalismo", derivado –según afirman estos sectores– de las secuelas de la Revolución Rusa. La elite intelectual, por su parte, expresa sus reclamos sociales, políticos y económicos, frente al malestar social y los desajustes del modelo agroexportador, en publicaciones periódicas como la *Revista de Economía Argentina* (dirigida por Alejandro Bunge, desde 1918) o la *Revista de Ciencias Económicas*, que expresa los aportes de los profesores, graduados y estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, por citar sólo dos ejemplos.[12]

[11] Pascal Engel, "La philosophie peut-elle échapper à l´histoire?", en Jean Boutier y Dominique Julia, *Passés recomposes*, París, Autrement, 1995, pp. 96-111.

[12] Sandra McGee Deutsch, *Counter Revolution in Argentina, 1900-1932*, Nebraska, University of Nebraska Press, 1986 (edición castellana *Contrarrevolución en la Argentina. 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003).

En tiempos de crisis económica, como los que se inauguran hacia 1930, de dictaduras extremas y de riesgos crecientes, el compromiso de los intelectuales, de los científicos, vuelve a manifestarse, aunque avancen entre la ilusión y el desconcierto. En medio de una sociedad excluyente y racista sienta sus bases la psicología social y el estudio de las actitudes. En el campo de la economía, el sueco George Myrdal, siguiendo la línea keynesiana que a mediados de los '30 revoluciona el pensamiento económico, sostiene la imposibilidad de separar la economía normativa de la economía positiva; descalifica la abstracción pura y sostiene que la economía no puede estar separada de la historia, la sociología y la política. La exclusión, la marginalidad, la angustia derivada de la crisis, cobran fuerza entre los temas abordados por los intelectuales de la década de 1930. Gilberto Freyre –por ejemplo– describe la estructura patriarcal de la economía agraria del Brasil, Roberto Arlt –en Buenos Aires– refleja otros perfiles del desconcierto en sus *Aguafuertes porteñas*. Mientras Raúl Scalabrini Ortiz reflexiona sobre estas cuestiones en *El hombre que está solo y espera*, Ezequiel Martínez Estrada lo hace –con otros perfiles y un lustro más tarde– en *Radiografía de la pampa*.[13] Expresiones todas de un compromiso intelectual renovado que se encarna profundamente y deriva de los problemas más acuciantes de la sociedad.

La antropología, que deviene entonces "cultural", también se renueva bajo la influencia de los Estados Unidos (es Franz Boas el principal exponente de esta renovación). El hombre resulta forjado por la cultura. Ruth Benedict y Margaret Mead marcan rumbos en la especialidad y en el combate feminista, antirracista y por la liberalización de las costumbres, de los modos de vida, consolidando el tenor de una antropología militante. En 1937 es el sociólogo norteamericano Talcott Parsons el que estudia la estructura de la acción social; lo hace apelando a las normas y a los roles sociales capaces de explicar cómo los individuos aceptan vivir en sociedad y habrá de marcar con sus teorías a varias generaciones de intelectuales dispuestos a debatir sobre estas cuestiones de contundente trasfondo social.[14]

Los tormentosos años de la Segunda Guerra Mundial que transcurren entre la resistencia, la represión y el exterminio, permiten –al mismo tiempo– la reconstrucción y la implementación de la economía dirigida, el desarrollo de los derechos sociales, así como la creación de organismos de diagnóstico y estadística para actuar en consecuencia con los resultados. Una vez más, los intelectuales enmarcan su acción, sus obras, su producción, en el contexto de las corrientes predominantes de

[13] Noemí M. Girbal-Blacha, Adrián G. Zarrilli y Juan J. Balsa, *Estado, sociedad y economía en la Argentina (1930-1997)*, Buenos Aires, UNQ, agosto de 2001, cap. 2.

[14] Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, pp. 25-45. "1900-2000. Un siècle de sciences humaines", en *Sciences Humaines* 30, numéro exceptionnel, septiembre de 2000, pp. 43-53.

pensamiento. En la década del '40, el marxismo y el existencialismo se convierten en los extremos de una sociedad trágica. El pesimismo enmarca gran parte de sus expresiones filosóficas, literarias, políticas (vg. Jean-Paul Sartre, Albert Camus, Georges Orwell). Es el existencialismo el que se transforma por entonces, prácticamente, en "un modo de vida", en el cual "la existencia precede a la esencia" y consolida una verdadera filosofía de la libertad.[15] Al mismo tiempo, la psicología experimental abre nuevos campos del conocimiento humano y pretende dar respuestas a los jóvenes de la posguerra. Paralelamente la cibernética y la inteligencia artificial comienzan a abrirse paso en el mundo hacia fines de la década de 1940, anticipando la idea de "sistema" asociada con interacción, adaptación y regulación, que se arraiga en las décadas de 1950 y 1960, no sólo en la física, la biología, la ecología o la tecnología, sino en las ciencias humanas (antropología, sociología, ciencias políticas, psicología). El apogeo funcionalista en la antropología –por ejemplo– se plasma como una herencia de la sociología francesa, la teoría de los sistemas sociales, sostenida por los trabajos de Edward Evans-Pritchard (Oxford), Bronislav Malinowski (New Haven) y Alfred Radcliffe-Brown (Cambridge)[16] y sobre la base de los trabajos de dos importantes teóricos de formación estadounidense: Talcott Parsons (teoría de la acción) y Robert K. Merton (aportes a la inestabilidad del sistema social).[17]

La dinámica del capitalismo, por su parte, impone el refuerzo del papel jugado por el Estado, mientras se augura una postergada declinación capitalista, "una destrucción creativa", en medio de las exigencias de protección de las sociedades modernas, al decir del austríaco Joseph A. Schumpeter y del húngaro Karl Polanyi. La "historia problema", auspiciada por la escuela francesa, se fortalece y anticipa la importancia de la experiencia pasada para una mejor comprensión de los problemas sociales del presente. Mientras tanto, en el ámbito sudamericano, donde estos aportes variados de las ciencias sociales se difunden, no son pocos los reclamos implícitos a esas formulaciones, en medio de un mundo profundamente diferenciado. Es la obra de Josué de Castro, *Geografía del hambre*, aparecida en 1946, la que –como otras– anuncia las carencias de amplios sectores de la población del llamado "Tercer Mundo", en medio de gobiernos populistas que –como en el caso argentino– bregan por la "justicia social" y la "independencia económica", como formas de arraigo y consolidación de la soberanía política. Los simbolismos que refuerzan una identidad colectiva se expanden y adquieren las formas más variadas, para mostrar que la participación po-

[15] Charles Pépin, "L'existencialisme. De la philosophie au mode de vie", en *Sciences Humaines* 30, cit., pp. 58-59.

[16] André Burguière, "L´anthropologie historique", en François Bédarida (dir.), *L'histoire et le métier d´historien en France 1945-1995*, París, Editions de la Maison des sciences de l´homme, 1995, pp. 171-185.

[17] *Ibid.*, pp. 55-65.

lítica es algo más que emitir el voto. Predominan las expresiones nacionalistas, pero también la demagogia y "el culto al líder", que en la Argentina se personalizan en Juan D. Perón y Eva Duarte de Perón.[18]

3. La segunda mitad del siglo XX y los nuevos aportes de las ciencias sociales

La guerra fría, el tercermundismo y la no alineación son las características sustantivas derivadas del fin de la Segunda Guerra Mundial y con las que se inaugura la segunda mitad del siglo XX. Sus efectos alcanzan a la empresa cultural y a sus expresiones más significativas; especialmente cuando el marxismo se extiende con fuerza en el mundo intelectual, que confronta entonces, a partir del debate de ideas y principios.[19] Esa confrontación alcanza en 1955 una de sus máximas expresiones en la obra de Raymond Aron *El opio de los intelectuales*; un ensayo anticlerical que descalifica, al mismo tiempo, al marxismo y su concepción de "la revolución", así como a los intelectuales que idolatran la historia y creen en la infalibilidad partidaria. Es a ellos a los que asemeja a los hombres de Iglesia. Aron polemiza con Sartre y –en tanto crítico– sus escritos se convierten en lectura obligada en las instituciones universitarias y se discuten en las redes de intelectuales y políticos. Una vez más el compromiso de las ciencias sociales con la sociedad y la realidad imperante obliga a la opinión, al diálogo y al debate, tanto en las naciones centrales como en aquellas que les son tributarias. Kenneth Arrow –por su parte– lo hace como una prolongación de las discusiones propias de la economía y de la ciencia política; se pronuncia en *Preferencias sociales y valores individuales* sobre cómo diseñar una política pública de beneficios colectivos partiendo de las preferencias individuales y brinda un modelo para la discusión.[20]

En la vida cotidiana y al impulso de la psicología del niño de la cual el psicólogo suizo Jean Piaget es uno de sus máximos representantes para mediados de la década de 1950, la madre se convierte en el centro de la vida afectiva del niño, que para Piaget transita por una serie de estadios definidos por sus capacidades sensitivas y motoras. Sus afirmaciones impactan directamente en la sociedad y alimentan nuevos debates, que en los albores de la década de 1960 protagonizan Anna Freud y Mélanie

[18] Noemí M. Girbal-Blacha, "Dichos y hechos del gobierno peronista (1946-55). Lo fáctico y lo simbólico en el análisis histórico", en *Entrepasados* 13, fines de 1997, pp. 63-78.

[19] Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Buenos Aires, Paidós, 1993, segunda parte.

[20] Michel Winock, *Le siècle des intellectuels*, París, Seuil, 1999, pp. 487-547; François Furet, *Le passé d´une illusion*, París, Robert Laffont-Calmann-Lévy, 1995; Phillippe Cabin, "Les intellectuels et le marxisme", *en Sciences Humaines* 30, cit., pp. 68-69.

Klein. Los progresos de la psicología se ponen al servicio de la educación. Desde los Estados Unidos Arnold Gesell construye un "inventario" del desarrollo del niño a partir de experiencias filmadas y diagrama las bases de una "pedagogía democrática". También la lingüística vive su propia "revolución científica". En este caso y en 1956, es Noam Chomsky quien expone su teoría del lenguaje (lingüística estructural) que enlaza la innovación tecnológica y teórica de la matemática y la lógica (inteligencia artificial) a las ciencias humanas estadounidenses primero, y a la teoría de la información más tarde, en un avance decidido hacia la cultura de masas.[21]

Es precisamente en la década de 1950 cuando, ante el crecimiento de la industria y la tecnología propios de la posguerra, se renuevan los análisis y estudios acerca de la sociedad industrial. Los bienes de consumo se posesionan del escenario económico mundial y tanto la sociología como la historia económica analizan el fenómeno. Esta última pasa revista a dos siglos de reflexión económica, cuando, desde fines del siglo XVIII, Adam Smith sostiene que el crecimiento es el resultado de la acumulación del capital y en la centuria siguiente David Ricardo otorga a la mecanización y al progreso tecnológico un lugar predominante en la explicación del desarrollo económico. Es en el período de entre guerras cuando el economista inglés Colin Clark sectoriza el progreso económico y diagrama una tipología (sectores primario, secundario y terciario); pero es Jean Fourastié quien en 1949 reflexiona esencialmente acerca de la importancia del sector secundario en el desarrollo de la economía (la industria). Una propuesta que en la década de 1960 retoma el economista estadounidense Walt Rostow proponiendo un esquema del crecimiento en 5 etapas, a la última de las cuales corresponde el consumo masivo y las industrias de bienes durables. Los esquemas y explicaciones teóricos se suceden durante la década de 1960 tanto desde el campo del marxismo (Ernest Labrousse), como desde aquellos que –como Raymond Aron– procuran sintetizar las múltiples tradiciones y reflexiones sobre el desarrollo para destacar que la acumulación existe tanto en los países capitalistas como en los socialistas. Progresivamente se afirma la multinacionalización empresaria y en 1966 el economista estadounidense John K. Galbraith al referirse al "nuevo Estado industrial" desestima, en parte, la importancia del capital frente a la tecnificación. Sólo –durante la década de 1970– la crisis económica, la declinación del marxismo y el eclipse de la historia económica atemperan las discusiones en torno de la sociedad industrial. Pero los efectos de esas discusiones planteadas en materia de teoría económica dejan sentir su influencia en las interpretaciones de la coyuntura latinoamericana y argentina, que se esfuerzan por aplicar la "teoría de los

[21] "1900-2000. Un siècle de sciences humaines", en *Sciences Humaines* 30, cit., pp. 70-71; Noam Chomsky, *El miedo a la democracia*, Barcelona, Crítica, 1993, introducción.

ciclos" de Rostow para explicar la situación evolutiva de la economía en la República Argentina.[22]

La conquista espacial y el desenlace de la crisis cubana en 1962 marcan el punto de partida hacia la coexistencia pacífica, mientras el Estado se impone como el principal responsable de la vida económica en los países industrializados, al mismo tiempo que se alienta la sociedad de consumo. En el ámbito cultural cobra cuerpo la respuesta contestataria (reacción estudiantil en Berkeley, 1964; Mayo francés en 1968)[23] a favor de los derechos civiles y contra las formas clásicas de ejercicio de la autoridad –aun la eclesiástica– y de los usos y costumbres cotidianos (se difunden los anticonceptivos, las mujeres adhieren a la liberación sexual y se producen cambios impactantes en la vestimenta).

La década de 1960 trae consigo una singular y, hasta podría decirse, inusual participación de las ciencias sociales en el enfoque de los problemas que padecen las sociedades en sus relaciones internas y con el Estado. A mediados del decenio de 1960 "la ola estructuralista" deja su impronta, alejándose de sus orígenes lingüísticos y aun del circunscripto mundo académico. El psicoanalista Jacques Lacan define el inconsciente como un tipo de lenguaje, Michel Foucault analiza el discurso a través de una historia general de las ideas reemplazando el término estructura por el de *episteme*, para llevar a cabo "una arqueología de las Ciencias Humanas"; el antropólogo social Claude Lévi-Strauss propone su concepción acerca del sistema de parentesco, mientras Roland Barthes hace sus aportes a la semiología general. Estos intelectuales, entre muchos otros, dan a conocer sus estudios acerca de cómo la producción humana en su conjunto aparece determinada por las estructuras; vale decir que el estructuralismo se constituye en un método general para el abordaje de los fenómenos y de los textos para poder conocer las formas subyacentes de los mismos. En medio de los debates filosóficos, Raymond Boudon define la noción de estructura como imprescindible, irreemplazable, para las ciencias humanas. El estructuralismo llega a irrumpir incluso en la escena política como una vanguardia dispuesta a "refundar" el marxismo y también reemplazar al humanismo y a la fenomenología por una concepción más rigurosa del análisis científico que sea capaz de proyectarse a la sociedad en su conjunto.[24]

El '68 francés deja su impronta. El concepto de "modelo" se consolida progresivamente en algunas áreas de las ciencias sociales y humanas

[22] Michel Winock, *Le siècle des...*, cit., pp. 487-634; Witold Kula, "Histoire et économie: la longue durée", en Jacques Revel (dir.), *Fernand Braudel et...*, cit., pp. 83-105; Paul, Bairoch, *Mythes et paradoxes de l´histoire économique*, París, Editions La Découverte, 1995; Danilo Astori, *Controversias sobre el agro latinoamericano. Un análisis crítico*, Montevideo, Clacso, 1984; "1900-2000. Un siècle de sciences humaines", en *Sciences Humaines* 30, cit., pp. 80-81.

[23] Michel Winock, *Le siècle des...*, cit., pp. 701-738.

[24] "1900-2000. Un siècle de sciences humaines", en *Sciences Humaines* 30, cit., pp. 80-89.

como la geografía, la historia económica y la arqueología. Los vientos contestatarios soplan entonces desde el ámbito universitario, especialmente del sector anglosajón. Se habla de una "nueva geografía" y de "modelos geográficos", que dan lugar al avance del método hipotético deductivo para redescubrir los modelos de localización surgidos en el siglo XIX y vigentes hasta el período de entre guerras en los trabajos de los economistas y geógrafos alemanes. El cambio refleja esta apertura de las ciencias sociales y también la mayor identificación del hombre con el medio. Se abre paso la teoría de la "producción social del espacio" como alternativa a la visión espacialista predominante hasta los años de 1960. La historia económica –por su parte– recibe la influencia de los futuros Premios Nobel norteamericanos: Douglass North y Robert Fogel, quienes integran la teoría económica a la interpretación de los hechos históricos. Lo hacen a través de sus trabajos más importantes que procuran explicar el crecimiento de los Estados Unidos desde esta perspectiva. Amalgamada con la historia serial y cuantitativa, cobra cuerpo la "New Economic History". Mientras tanto, la renovación del conocimiento también alcanza a la arqueología, opuesta entonces a las interpretaciones más tradicionales de la disciplina, y también en este caso se privilegia la construcción de modelos explicativos frente a la descripción.

En estos tiempos de cambio, de sociedad de consumo, de masas, se delinea la "edad de oro del subdesarrollo" del que formarán parte Asia, África y América del Sur, como expresión de "las etapas del crecimiento económico" a las que aludiera desde los inicios del decenio Walt Rostow. En América Latina, los trabajos del argentino Raúl Prebisch en la CEPAL (Comisión Económica para América Latina), marcaron en la década de 1950 un punto de partida en la discusión del tema del subdesarrollo y sus causas; visiones del fenómeno que promueven respuestas críticas en las décadas de 1960 y 1970, dando sustancia a una producción editorial renovadora del debate en la economía y la sociología de entonces, que se alinea en la llamada "teoría de la dependencia". Es el tiempo de subrayar los factores financieros, tecnológicos y comerciales de la dependencia de los llamados –por el demógrafo Alfred Sauvy, 1954– países del "tercer mundo", que deben acatar los designios de la naciones centrales. El dualismo de las economías en desarrollo se expresa en la desarticulación entre los sectores tradicionales y los modernos, según su tipo de exportaciones (primarias en los primeros y manufactureras en los segundos) y también a través de factores internos de carácter social. Se propone así una explicación socioeconómica del desarrollo. Se buscan en estos factores las causas de la ausencia de despegue económico. Frente a este diagnóstico de la realidad y ante la "nueva izquierda" en el continente americano, las explicaciones se dividen. Por un lado se agrupan los partidarios de emprender reformas estructurales con el auxilio de organismos internacionales (desarrollistas estructuralistas), aquellos que confían en lograr un desarrollo dependiente asociado, con una industria que se enlace

a la exportación. Otros, en cambio, consideran que la ayuda internacional acentúa la dependencia y proponen un desarrollo hacia adentro, autosuficiente.

En la Argentina, se ha dicho que la referencia dual a lo cultural y a lo político que hacen los intelectuales nativos se refleja en sus instituciones, que comparten con la política "la débil capacidad de gestión de las diferencias y de control de los conflictos, debido a que sus formas de organización carecen de referencias culturales compartidas y estables". Son las convicciones ideológicas las que influyen en la reorganización de las relaciones entre intelectuales, hasta intervenir "en el diseño de las identidades culturales".[25] Diversas publicaciones periódicas reflejan este perfil de la realidad local. Es el caso de *Cuestiones de Filosofía*, *Contorno*, *Ciudad*, *Sur*, *Gaceta Literaria* y muchas otras.[26]

Entre 1970 y 1980 el mundo occidental recoge los efectos de los nuevos movimientos sociales. Mayo del '68, que actúa como un verdadero sismo cultural, activa no sólo nuevas formas de movilización colectiva por motivos variados: en defensa de la ecología, del feminismo, de la homosexualidad, del pacifismo, de los derechos humanos, sino que pone en jaque a la autoridad tradicional en la escuela, en la familia, en la empresa. La sociedad transforma sus hábitos consuetudinarios y lo expresa en la construcción de una "contracultura" o "cultura *underground*"; por ejemplo, a través de una nueva concepción del tiempo libre, de la comunicación, de la negociación. No es sólo una actitud individual, los Estados se hacen eco del cambio, de la sociedad posindustrial que se aproxima; la democratización del sur de Europa, la adhesión a un mercado común europeo, son expresiones del mismo fenómeno. Por otra parte, la elección del papa Juan Pablo II (1978) plantea una posición de la cúpula eclesiástica más abierta hacia las regiones marginales del planeta, que contrasta con la nueva era del fundamentalismo islámico. Una renovada espiritualidad y militancia religiosa se abre paso y América Latina participa activamente de ella.[27]

La coyuntura es auspiciosa para dar cabida a los debates sobre el poder, la locura y el saber. Apenas iniciados los años de 1970 e influido por la discusión de estos conceptos Michel Foucault –alumno dilecto del fundador del marxismo estructuralista, Luis Althusser, y del filósofo de las ciencias George Canguilhem– concita la atención intelectual desde el Collège de France, cuando sostiene que el racionalismo es la causa primordial de la exclusión. Cuestiona a la sociedad dominada por una burguesía impregnada de valores de la modernidad y se interroga acerca del saber y su vinculación con un lugar y un tiempo determinados. Estudia la episteme de una época y los discursos que produce para ex-

[25] Silvia Sigal, *Intelectuales y poder...*, cit., p. 106.
[26] Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
[27] Paul Bairoch, *Cities and Economic Development*, Londres, 1988.

plicar la historia de las ideas como producto de rupturas radicales. No son pocas las críticas que recibe su obra; para algunos es el exponente central de la filosofía posmoderna; para otros no es posible aceptar sobre las bases foucaultianas la relación entre racionalismo y poder, tal como él la propone.

La renovación psicoanalítica –encarnada en el austríaco Wilhem Reich– y las propuestas de la filosofía alemana de Herbert Marcuse, dan sustento a las lecturas críticas de las obras de Freud y Marx y asocian el poder a la imaginación del hombre. En el campo de la historia son tiempos de expansión para "la nueva historia", influida por el estructuralismo de Lévi-Strauss, de Georges Dumézil y del propio Michel Foucault.[28] La corriente de los *Annales* (Lucien Febvre, Marc Bloch y Fernand Braudel) se proyecta en la creación –durante 1971– de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, donde la historia aparece especialmente representada. Es desde este ámbito que los historiadores se lanzan a la conquista de un espacio de poder intelectual y cultural, que reclaman porque estiman que les corresponde.[29] Jacques Le Goff, Marc Ferro, Emmanuel Le Roy Ladurie y George Duby, entre otros, suman sus interpretaciones renovadoras del pasado para dar consistencia a una verdadera edad de oro de esta expresión editorial. El "imaginario" deja atrás el concepto de "mentalidad", augurando un espacio mayor, más dinámico y más vinculado con la vida cotidiana, con las representaciones del pasado; mientras la antropología histórica se encarna en figuras como la de André Burguière. La edición y la comunicación se convierten en instrumentos esenciales de estudio para los historiadores de "la nueva historia". Pierre Nora afirma entonces (1971) que "vivimos la fragmentación de la historia", la diversidad de la historia. Es un esfuerzo por distinguirla de la "historia total" con acento en lo económico-social, que alentaran los fundadores de *Annales*. Nuevos objetos de estudio, nuevos problemas, nuevas aproximaciones, desarticulan el consenso historiográfico y la historia se presenta como un conjunto de fragmentos discontinuos de un saber que se superpone, cuando se aproxima a la sociología, la psicología, la etnología, la antropología. Los centros de interés de la historia se modifican más que sus métodos y su epistemología.[30]

Con la declinación del marxismo como teoría social y la crítica al sistema político totalitario, se replantea el tema de los derechos humanos y la democracia. A mediados de la década de 1970 el pensamiento de la filosofa estadounidense de origen judío encuentra en Hannah Arendt (1906-1975) un punto de referencia para la filosofía política de fines de ese decenio y

[28] Michel Winock, *Le siècle des...*, cit., pp. 712-738.

[29] Jacques Revel (dir.), *Fernand Braudel et l´Histoire*, París, Pluriel Inédit, 1999, pp. 9-27.

[30] Antoine Prost, "Histoire, vérités, méthodes. Des structures argumentatives de l´histoire", en *Le débat, histoire, politique, société* 92, noviembre-diciembre de 1996, París, Gallimard, p. 126; *Douze leçons sur l'histoire*, París, Seuil, 1996.

del de 1980, al criticar las concepciones que transforman la historia en una abstracción, hasta llegar a colocar la realidad empírica y humana entre paréntesis. No es la única en participar de esta discusión. Su contemporáneo, el filósofo y sociólogo francés Raymond Aron (1905-1983), se convierte en el impulsor de la tesis de Arendt en Europa (especialmente en Francia) y de allí al resto del mundo occidental, que redescubre los valores democráticos a partir de las críticas al totalitarismo.[31] La ruptura del orden institucional en varios países de América Latina, y especialmente en la Argentina, deja secuelas de alto impacto y resquebraja la deteriorada relación entre la clase política y los intelectuales, quienes padecen el recorte de su libertad de pensamiento.

Durante la década de 1980, mientras los regímenes comunistas se estremecen frente a la reforma económica (Perestroika) y política anunciada por Mijail Gorbachov –y aun en los inicios de los años de 1990– es evidente el retorno del liberalismo. Margaret Thatcher y Ronald Reagan son sus máximos representantes; simbolizan, sin lugar a dudas, la revolución liberal y conservadora a la vez. El desarrollo estatista deja lugar para el avance decidido del neoliberalismo. Desregulación, privatizaciones, individualismo extremo, son sólo algunas de sus expresiones. Exclusión, marginalidad, desempleo son otras tantas expresiones sustantivas de la coyuntura imperante en la década de 1980. Las favelas brasileñas, las villas miseria argentinas, los ghettos anglosajones, los suburbios franceses, son sólo algunas de las expresiones más contundentes de una sociedad que se fragmenta y tiende a la dualidad, cuando paradójicamente se afianza la "era de la comunicación", se consolida la "sociedad de la información", y pierde entidad conceptual el llamado "Tercer Mundo", frente a la industrialización de algunos países de Asia y de América Latina. No obstante, la desarticulación del concepto no implica el fin de las profundas desigualdades en que viven las diversas naciones del mundo, preocupadas entonces por el medio ambiente y el deterioro del equilibrio ecológico. A fines de los '80 el panorama es complejo. La caída del muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética terminan con el mundo bipolar que se derrumba ante la evolución de la nueva coyuntura.[32]

La sociología, la etnología, la historia, el psicoanálisis dejan atrás, definitivamente, el estructuralismo nacido hacia los años de 1950. Se produce, en palabras de Alain Touraine, "el regreso del actor". Una dimensión de este fenómeno tiene significación política y social; la otra atañe directamente al campo de las ciencias humanas. Ambas aparecen amalgamadas, pero la segunda es la que interesa a los objetivos de este estudio. En este caso el gran debate tiene lugar inicialmente en la sociología, con un cambio de perspectiva que arremete –hacia 1982, alentada

[31] Hannah Arendt, *Eichmann à Jerusalem*, París, Gallimard, 1991 (testimonio de 1966).

[32] Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX...*, cit., pp. 322-371.

por Raymond Boudon–[33] contra el estructuralismo y el marxismo casi con la misma fuerza. La propuesta innovadora se vincula con el "individualismo metodológico" –una conceptualización atribuida a Max Weber y a Alexis de Tocqueville– es decir, a las motivaciones individuales que generan comportamientos particulares. El blanco de la reflexión es el estructuralismo que encarna Pierre Bourdieu. Alain Touraine va más allá en su propuesta; lo hace al colocar en el centro del análisis de la sociedad a los movimientos sociales que luchan por imponer sus proyectos, sus ideales, sus reglas. En estos términos, la sociedad se presenta como un producto inestable de esas luchas por el poder (Jürgen Habermas).[34]

En el campo de la historia "el regreso del actor" se manifiesta de manera diferente. Es un retorno a la biografía, al individuo, al acontecimiento y a la política. Es un cuestionamiento a la "verdad absoluta", a "la historia inmóvil", estructural, braudeliana. Al mismo tiempo, en los años de 1980, se produce el surgimiento de la microhistoria, nacida en Italia y orientada como "un juego de escalas" a "la construcción de lo social" –dirá más tarde el historiador francés Jacques Revel– para indicar un modo diferente de observar los fenómenos de la sociedad. Las ciencias sociales dan muestras de madurez al complejizar y precisar sus observaciones, sin que este cambio de ángulo para analizar el objeto de estudio implique pérdida de importancia de los procesos sociales y de las decisiones colectivas.[35] En los estudios históricos el actor aparece ahora a través de la historia de los hombres comunes, de la vida cotidiana, de las mujeres y de un género que resurge: la biografía, cómo lo demuestran –por ejemplo– los estudios de Emmanuel Le Roy Ladurie y Jacques Le Goff.[36]

La economía, por su parte, refuerza sus intentos por desalojar al Estado de su radio de acción y propicia la restauración del libre funcionamiento del mercado, de cuya superioridad está persuadida. Milton Friedman es un genuino representante del pensamiento de estos tiempos. La "ola liberal" se desencadena y no tendrá retorno. Se posicionan en el centro del debate académico: la crisis del petróleo, la inflación, el desempleo. Estos temas habilitan, a quienes montan sobre ellos, la discusión y sus propuestas son implementadas a nivel político. Si para John

[33] Michel Winock, *Le siècle des...*, cit., pp. 706 y 730.

[34] Pierre Bourdieu, "Le racisme de l´intelligence", en *Questions de sociologie*, París, Editions de Minuit, 1980; del mismo autor, *Contre-feux. Propos pour servir à la résistance contre l´invasion néo-libérale*, París, Liber-Raisons D´Agir, 1998; "Le monde selon Bourdieu", en *Sciences Humaines* 105, mayo de 2000, pp. 22-37; Alain Touraine, *El regreso del actor*, Buenos Aires, EUDEBA, 1987; Jürgen Habermas, *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso,* Madrid, Editorial Trotta, 1998, segunda parte.

[35] Jacques Revel, "Micro-analyse et construction du social", en Jacques Revel (dir.), *Jeux d´échelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Gallimard/Le Seuil, 1996.

[36] "L'histoire aujourd'hui. Le métier d´historien. Les grands courants. Les champs de recherché", en *Sciences Humaines* 18, Hors Série, septiembre/octubre de 1997, entrevista a Jacques Le Goff, pp. 12-13.

M. Keynes la inyección de moneda en el circuito económico permite estimular la producción y contrarrestar el desempleo, para Milton Friedman, si bien admite la existencia de esa correlación entre ambos procesos, sólo la reconoce como una instancia pasajera; lo duradero en el contexto de una política monetaria expansiva es para él un sostenido aumento en los precios. Vale decir que, en el largo plazo, la oferta monetaria genera inflación. Para los monetaristas, las autoridades deben tener como meta la estabilidad en los precios y no el pleno empleo. En un marco de creciente globalización, crece la hipótesis –formulada por los economistas norteamericanos– que critica la acción del "Estado providencia" y las desregulaciones, porque se entiende que actúan como un freno –más que como impulsor– de la riqueza económica.[37] Los países latinoamericanos –en escalas diversas– resultan parte activa de este debate.

En el convulsionado contexto de los años de 1990 una nueva visión del mundo parece mostrar incertidumbre y desorden. Un complejo entramado de inestabilidades, fluctuaciones y bifurcaciones asalta al mundo científico que se torna menos previsible. Pequeñas variaciones iniciales pueden generar –en este contexto– efectos significativos de larga duración. La llamada "teoría del caos" cobra fuerza, en medio de un futuro decididamente incierto. Se insiste en la complejidad de los hechos humanos como producto de los diversos factores que intervienen en ellos. Las críticas al determinismo en las ciencias sociales arrecian; mientras la preocupación central del momento es la relación estrecha pero tensa entre el orden y el desorden.[38]

A partir de 1990, los rasgos del decenio anterior se acentúan. La mundialización de la economía y su renovado papel planetario es una clara expresión del refuerzo de ese significado. La violencia de base política, étnica o religiosa adquiere desarrollo inusual, hasta eclipsar la revolución tecnológica y de las comunicaciones.[39] Como si se tratara del revés de la trama, mientras las desigualdades sociales se afianzan y la violencia –a veces sofisticada y otras simplemente violenta– se torna un hecho cotidiano, se afirma la llamada "sociedad de la información" (Manuel Castells), de la globalización cultural.[40] Es entonces cuando –al mismo tiempo– desde los Estados Unidos, se procura mostrar a través del debate la transformación de la producción industrial, en relación con la apertura económica mundial y la regionalización. Sociólogos, historiadores, geógrafos, economistas, se preguntan por el significado y los alcances de la emergencia de los fenómenos transnacionales y la regulación de los

[37] Pierre Bourdieu, *Contre-feux*..., cit.; "1900-2000. Un siècle de sciences humaines", en *Sciences Humaines* 30, cit., pp. 108-109.

[38] Noam Chomsky, *El miedo a la democracia*..., cit., caps. 6, 7 y 8; "1900-2000. Un siècle de sciences humaines", en *Sciences Humaines* 30, cit., pp. 114-127.

[39] Ernesto Laclau, *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, FCE, 2000, pp. 9-99.

[40] Héctor Ciapuscio, "La historia de la tecnología como disciplina", en *El fuego de Prometeo. Tecnología y sociedad*, Buenos Aires, EUDEBA, 1994.

mismos, al mismo tiempo que se hacen preguntas sobre la cuestión de la identidad y los conflictos nacidos de la globalización, en un marco sobresaliente de revolución tecnológica. Los antropólogos y los filósofos –por su parte– prefieren relacionar esos procesos con la difusión cultural.

Las ciencias humanas pasan de la crisis a la recuperación. La desaparición de los llamados grandes maestros del pensamiento (Jean-Paul Sartre; Roland Barthes y Jean Piaget, en 1980; Jacques Lacan en 1983; Michel Foucault en 1984; Fernand Braudel en 1986; Luis Althusser en 1990; Pierre Bourdieu en 2002, entre otros) retrae la participación de los intelectuales comprometidos con las causas públicas en debate; al mismo tiempo que el eclipse de los postulados principales del pensamiento del 68 signa la aparición de nuevos paradigmas. Después del "regreso del actor" de los años de 1980, la década de 1990 auspicia el constructivismo y el interaccionismo, acompañados de la renovación, de un nuevo despertar de la filosofía de corte humanista.[41] La moral y la ética forman parte central de un amplio debate público, en el cual los filósofos son invitados a intervenir, cuando caduca la idea kantiana de "una moral universal". Son los tiempos de un saber que cambia, de un eclecticismo creciente. Se trate de Paul Ricoeur o de Richard Rorty, lo cierto es que nadie admite criterios o justificaciones absolutos en materia de ética, aunque se dé por sentado que no se puede carecer de ella. Hay una pluralidad de esferas en las que interviene la justicia y en esa amplia gama puede hablarse de la responsabilidad y de la vigilancia, en la búsqueda de un sentido filosófico de la moral.[42]

En el plano teórico se admite que ningún modelo puede explicar por si mismo la realidad. Metodológicamente también se despliega una actitud prudente y se acepta la diversidad de enfoques. Síntesis y pluridisciplinariedad se afianzan en el campo intelectual de las ciencias humanas. La ciencia admite, pues, que no es posible sostener un "pensamiento único". Este cambio sustantivo en las ideas y propuestas de los intelectuales son acompañadas por otras transformaciones en el plano educativo, y en el conjunto, las ciencias humanas dan muestras de un avance significativo en el campo de las preocupaciones que tiene la comunidad (la comunicación, la formación continua, el urbanismo, la inserción social, etc.). Es una sociedad que, frente a la crisis económica, el desempleo masivo y la pobreza creciente, asiste a la dualización social, a la exclusión, al retorno de las desigualdades profundas que conducen a la fractura del cuerpo social, que reconstruye fronteras de clase entre aquellos que sortean los efectos negativos de la crisis y quienes sucumben ante ella. Frente a esta escisión, sociólogos, politólogos, historiadores, se inte-

[41] Alain Touraine, *Igualdad y diversidad. Las nuevas tareas de la democracia*, Buenos Aires, FCE, 1998.

[42] Paul Ricoeur, *La Mémoire, l´Histoire, l´ Oubli*, París, Seuil, 2000, pp. 5-66 y 385-448.

rrogan acerca del papel que debe cumplir el Estado; describen la "crisis del Estado providencia", como lo calificara el historiador de las ideas Pierre Rosanvallon en 1982; es decir, de un Estado que se muestra incapaz para dar soluciones a la crisis.[43]

Inmigración, marginalidad socioeconómica, desigualdad social superpuesta a la generacional, violencia, consolidación de los ghettos, así como las decepciones heredadas de los regímenes políticos autoritarios, conducen a una verdadera "metamorfosis de la cuestión social", como la calificara en 1995 Roberto Castel; al "pasado de una ilusión", al decir de François Furet (sobre la adhesión de los intelectuales al comunismo). Son éstos los componentes que bloquean la movilidad social, acentúan la segregación, fragmentan la familia y ponen en discusión los modos de gobernar. Situaciones que casi contemporáneamente se convierten en objetos centrales de estudio para las ciencias sociales, cuando la caída de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el fin del marxismo, así como los movimientos en favor de los derechos del hombre y la reivindicación de las minorías culturales, dejan profundas huellas en el mundo contemporáneo y renuevan a fondo las bases de la filosofía política. Se replantea "la teoría de la justicia" del estadounidense John Rawls (1971) para justificar la necesidad de una distribución social, de un contrato social justo, en el marco de una sociedad compuesta por individuos libres y racionales. Un planteo que no tarda en ser contrarrestado por Charles Taylor, cuando descarta este modo de razonamiento donde el individuo es punto de partida y también finalidad de la sociedad, entendiendo que un individuo no existe sin una comunidad de pertenencia.

Avanzan los eclécticos y diversos modos y estilos de vida de una cultura posmoderna (para algunos sólo una moda efímera), producto –según Stephen Crook, Jan Pakulski y Malcom Waters– de la fragmentación social, del cambio social, generado por la "desconstrucción" del capital y del trabajo, por la "descomposición" de las clases sociales, por la "descentralización" de la autoridad estatal y por la "indiferenciación" entre la cultura docta y la cultura popular. Aunque no todos comparten esta propuesta. Serge Gruzinski, por ejemplo, cree que los mestizajes, las mixturas culturales, no son fenómenos nuevos en la historia sino que hacen al habitual funcionamiento de la humanidad.

Con la fuerza de un nuevo paradigma, las redes entran al campo de las ciencias sociales para explicar el proceso formativo de las sociedades contemporáneas. En la sociología la interacción ocupa un lugar central. Georg Simmel y la Escuela de Chicago son referentes importantes cuando se considera esta perspectiva de análisis. Pero es Manuel Castells (1998) en *La sociedad en redes* quien, con un vocabulario diferente, observa

[43] Jean-Pierre Gaudin, *Gouverner par contrat. L´action publique en question*, París, Presses de Sciences Po, 1999; "1900-2000. Un siècle de sciences humaines", en *Sciences Humaines* 30, cit., pp. 114-127.

etnológicamente las diversas "tribus" modernas; basa su explicación en dos fenómenos históricos: una mutación cultural iniciada en los años de 1960 (espíritu libertario, interacciones) y una revolución tecnológica claramente visible a partir de la década de 1970 (telecomunicaciones, genética), los que ejercen una influencia decisiva en la organización de las diversas esferas sociales, a través de las redes. La red significa una reorientación en el análisis de las relaciones sociales en términos de comunicación, flujos, cambios, tanto en el orden jerárquico como institucional o de autoridad y sus vínculos con el Estado-nación. Redes generacionales, internacionales, comunicacionales, pero siempre redes inscriptas en el contexto de una "cybercultura" (Pierre Lévy, 1997). En *El poder de la identidad* (1999), Manuel Castells ha mostrado que los grandes movimientos colectivos contemporáneos se forman según una lógica de redes, siendo la información y la comunicación asuntos centrales en la conformación de las mismas. Son nuevas formas de sociabilidad organizadas en redes y las ciencias sociales deben hacerse eco de las mismas.[44]

4. Las ciencias sociales hoy

Del individuo al actor social, de la sociedad a las redes sociales, de lo macro a lo micro, de las mentalidades a las representaciones. En los últimos 15 años las ciencias sociales se han renovado, han mutado rápidamente sus objetos y formas de análisis, en un contexto de crisis, pero también de multidisciplinariedad, de cambios en la escala de observación. La concepción misma de la ciencia es la que se modifica con la desaparición de los grandes paradigmas (Jacques Le Goff).[45]

La historia pone el acento en los estudios de casos para dar consistencia al juego de escalas entre lo macro y lo microhistórico propuesto por la intelectualidad italiana. Individuos, acontecimientos, rupturas, ocupan el centro de su interés y desestiman la "historia global", la interpretación única y la verdad absoluta. La propuesta, que no es nueva y se afirma a fines de los años de 1980, plantea nuevas escalas de análisis, pero también nuevas formas de escribir la historia, que se adscriben a "los nuevos métodos de la investigación histórica", como lo advirtiera hace más de un

[44] Manuel Castells y Peter May, *Las tecnópolis del mundo. La formación de los complejos industriales del siglo XXI*, Madrid, Alianza Editorial, 1994; Manuel Castells, "La otra cara de la tierra: movimientos sociales contra el nuevo orden global", en *La era de la información*, México, Siglo XXI, vol. II, 1999, pp. 91-133; S. Tarrow, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Universidad, 1997, pp. 17-29; B. Sousa Santos, "Los nuevos movimientos sociales", en *Revista Osal* 5, CLACSO, Buenos Aires, septiembre de 2001, pp. 177-188.

[45] "Histoire et philosophie des sciences", en *Sciences Humaines* 31, Hors Série, diciembre de 2000/enero-febrero de 2001 (Nº realizado con la participación del CNRS).

decenio Bernard Lepetit.[46] La historia cultural se apoya en las representaciones, la *linguistic turn* americana produce una fuerte renovación en los interrogantes epistemológicos de la disciplina y la historia política reinstala en sus estudios el acontecimiento y la noción de ruptura. Más allá de los cambios, hoy ha perdido fuerza la pregunta de los años de 1990 acerca de si la historia es ciencia o relato, porque no importa cómo se escribe la historia (Paul Veyne), lo cierto es que la historia es un saber verificable (Roger Chartier).[47] La geografía –por su parte– adscribe a una nueva concepción del espacio –construido socialmente– y pone su interés en las regiones, los territorios y las dinámicas locales; son los "órdenes locales" los que se imponen, aun en un contexto de globalización. Juego de actores y de lazos sociales invisibles que se anudan y se desatan sin cesar son ahora los objetos de estudio de las ciencias humanas y sociales.[48]

Lo cognitivo se posiciona en el centro de los debates de la lingüística, la antropología, la sociología, las ciencias de la educación y la psiquiatría, durante la década de 1990. El cerebro se presenta entonces como un ordenador y el pensamiento como un programa informático (Jean-François Dortier). Pero hoy la maduración de las ciencias cognitivas permite descartar esas posturas radicales y el mundo de las representaciones ha encontrado su lugar en las ciencias humanas. Al decir de François Dosse se advierte hoy una convergencia de las diversas corrientes del pensamiento hacia un nuevo paradigma, el que se centra en las teorías de la acción y el análisis de los sentidos. Una aproximación que toma en cuenta la subjetividad del actor y admite el relato y la puesta en cuestión como los modos sustantivos de acceso al mundo humano. Una aproximación que permite afirmar a François Dosse que se está ante una "humanización de las ciencias humanas".[49]

La nueva sociología representada por Anthony Giddens, Pierre Bourdieu, Luc Boltanski, entre otros, se aproxima al constructivismo, que procura resolver la oposición clásica entre individuo y sociedad; es decir, se trata de una concepción del mundo social donde los actores (individuales y colectivos) son creadores de las realidades sociales que exteriorizan bajo la forma de sistemas de contratos, y las interiorizan en forma de representa-

[46] Bernard Lepetit (dir.), *Les formes de l´expérience. Une autre histoire sociale*, París, Albin Michel, 1995.

[47] Paul Weyne, *Comment on écrit l´histoire*, París, Seuil, 1971. *Clarín*, Sección Opinión, 3 de agosto de 1997, pp. 20–21.

[48] Alejandro B. Rofman, *La política económica y el desarrollo regional*, Bogotá, Universidad Simón Bolívar, 1981; Sergio Boisier, *El difícil arte de hacer región: las regiones como actores territoriales del nuevo orden internacional*, Cusco, CBC, 1992; Xochitl Leyva, *Poder y desarrollo regional*, México, Colegio de Michoacán, 1993; Denis Eckert, *Evaluation et prospective des territoires*, París, Reclus, 1996; Noemí M. Girbal-Blacha, "Cuestión regional-cuestión nacional. Lo real y lo virtual en la historia económica argentina", en *CICLOS* 12, vol. VII, 1er. semestre de 1997, pp. 223-229.

[49] "Le renouveau des sciences humaines", en *Sciences Humaines* 100, diciembre de 1999.

ciones y socializaciones, en una coyuntura de declinación de las instituciones. Una propuesta que toma la psicología a través de la adopción de un nuevo paradigma interaccionista, que analiza los fenómenos humanos bajo el prisma de las interacciones sociales. Las ciencias políticas, por su parte, se ven influidas por "la metamorfosis del poder",[50] de las políticas públicas, porque cuando se estudia la acción del Estado y la evolución política, se analiza e interpreta la mutación de la sociedad y de la movilización colectiva en el marco de una profunda conflictividad. La construcción de identidades (comunitarias, grupales, nacionales) ha convocado a antropólogos, historiadores, sociólogos y politólogos por igual, para aproximarse a una definición que contemple las realidades interculturales y la vinculación con la integración nacional respecto de las autonomías regionales.[51]

Todo indica que se avanza hacia el pluralismo y que seguirá la resistencia a ligar la investigación científica a un modelo exclusivo de referencia. Las nuevas generaciones científicas –por lo menos en cuanto a ciencias humanas se refiere– son prudentes, escépticas, y se niegan a asociar sus estudios con grandes teorías, como en otros tiempos (funcionalismo, estructuralismo, marxismo, etc.). Son pluralistas, admiten la diversidad de enfoques y aunque puedan adherir a una síntesis del conocimiento en sus respectivas disciplinas, se niegan a integrar modelos y teorías en un molde único. El pluralismo es una práctica que se realiza a través de proyectos de investigación multidisciplinarios capaces de abrir horizontes de acción.

Las ciencias humanas están en movimiento. El momento es propicio, ya que el "infame límite" entre las ciencias naturales y sociales está hoy desdibujado y la trasgresión disciplinaria (entendida ésta como refugio de recursos institucionales e intelectuales) se presenta no sólo como causal de riesgos, sino como expresión de interesantes oportunidades.[52] Se ha producido la desaparición de los grandes paradigmas y también una ausencia de nombres magistrales de relevo que sirvan de referencia a esta gran área del conocimiento. Es difícil pensar hoy en la adscripción a modelos únicos, lo cual ha permitido el reconocimiento de la diversidad de las ciencias sociales y humanas y el parcelamiento de sus áreas de dominio. Memoria colectiva y clases sociales –como lo propusiera Maurice Halbwachs (1877-1945) hacia 1925 inscribiéndolas en los postulados racionalistas– forman parte del debate actual no sólo como un fenómeno psicológico individual, contestatario del pensamiento de Durkheim y de la psicología de su tiempo, que reconstruye recuerdos formados por la familia, los grupos y la sociedad, sino como parte de las sociedades glo-

[50] "Les métamorphoses du pouvoir", en *Sciences Humaines* 11, Hors Série, diciembre de 1995-enero de 1996.

[51] Pierre Bourdieu, *Countre-feux 2. Pour un mouvement social européen*, París, Raisons D'Agir Editions, 2001; Alain Touraine, *Igualdad y diversidad...*, citado.

[52] Evelyn Fox Kéller, *Lenguaje y vida. Metáforas de la biología en el siglo XX*, Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 11-19.

bales, en tanto fragmentos e imágenes del pasado inscriptas en la coyuntura del presente; es decir, de una sociedad dominada por la lógica de la información, de la interacción, pero al mismo tiempo inmersa en un profundo sesgo de exclusión, de marginalidad y de ruptura.[53]

Las ciencias sociales tienen –como en otros tiempos o quizá más que en otras circunstancias– una importante misión que cumplir: llevar adelante un preciso diagnóstico de la inequidad y la crisis reinante, contribuir al debate pluralista e interdisciplinario que aporte soluciones trascendentes, para contrarrestar los efectos más nefastos de la crisis que no es sólo económica, sino social, institucional, cultural y política. Debe hacerlo sin grandes paradigmas de referencia, sin adscripciones a modelos únicos y sin el aporte sustantivo de un debate intelectual circunscripto a ambos ejes de referencia, porque hoy se presentan como inexistentes.

Resumen

Del individuo al actor social, de la sociedad a las redes sociales, de lo macro a lo micro, de las mentalidades a las representaciones. En los últimos 15 años las ciencias sociales se han renovado, han mutado rápidamente sus objetos y formas de análisis, en un contexto de crisis, pero también de multidisciplinariedad, de cambios en la escala de observación. La concepción misma de la ciencia es la que se modifica con la desaparición de los grandes paradigmas (Jacques Le Goff). Son estas ciencias las que tienen –como en otros tiempos o quizá más que en otras circunstancias– una importante misión que cumplir: llevar adelante un preciso diagnóstico de la inequidad y la crisis reinante, contribuir al debate pluralista e interdisciplinario que aporte soluciones trascendentes, para contrarrestar los efectos más nefastos de la crisis generalizada que no es sólo económica, sino social, institucional, cultural y política. Debe hacerlo sin grandes paradigmas de referencia, sin adscripciones a modelos únicos y sin el aporte sustantivo de un debate intelectual circunscripto a ambos ejes de referencia, porque hoy se presentan como inexistentes. A modo de compromiso y reconstrucción de la memoria colectiva conviene, entonces, pasar revista desde el presente al camino recorrido, dentro y fuera de las fronteras del país, como un aporte a la reconstrucción nacional.

Palabras clave

Ciencias sociales – cosmovisiones – interdisciplinariedad – investigación científica – paradigmas.

[53] "Le renouveau des...", cit., pp. 58-60.